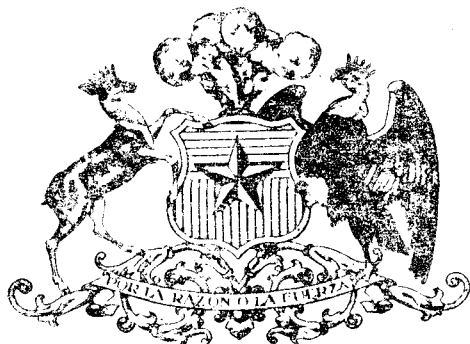


# REPUBLICA DE CHILE



## DIARIO DE SESIONES DEL SENADO

PUBLICACION OFICIAL.

LEGISLATURA EXTRAORDINARIA.

**Sesión conjunta del Senado y la Cámara de  
Diputados, en 29 de noviembre de 1966.**

(A las 11.55).

*PRESIDENCIA DEL SEÑOR TOMAS REYES VICUÑA.*

*SECRETARIO, EL DEL SENADO, SEÑOR PELAGIO FIGUEROA TORO.*

---

### INDICE

*Versión taquigráfica.*

	Pág.
I. ASISTENCIA .....	2
II. APERTURA DE LA SESION .....	2
III. RECEPCION DEL PRESIDENTE DE ZAMBIA, EXCMO. SEÑOR KENNETH KAUNDA .....	3

## VERSION TAQUIGRAFICA.

## I. ASISTENCIA.

Asisten los Senadores señores:

—Altamirano, Carlos	—Juliet, Raúl
—Ampuero, Raúl	—Luengo, Luis F.
—Barros, Jaime	—Miranda, Hugo
—Campusano, Julieta	—Musalem, José
—Contreras, Víctor	—Noemi, Alejandro
—Corbalán, Salomón	—Pablo, Tomás
—Corvalán, Luis	—Prado, Benjamín
—Curti, Enrique	—Reyes, Tomás
—Ferrando, Ricardo	—Rodríguez, Aniceto
—García, José	—Sepúlveda, Sergio
—Gómez, Jonás	—Tarud, Rafael
—Gormaz, Raúl	—Teitelboim, Volodia
—Gumucio, Rafael A.	—Von Mühlenbrock,
—Jaramillo, Armando	Julio

Y los Diputados señores:

—Acevedo, Juan	—Isla, José M.
—Agurto, Fernando S.	—Jaque, Duberildo
—Alvarado, Pedro	—Jarpa, Miguel
—Arancibia, Mario	—Koenig, Eduardo
—Argandoña, Juan	—Lacoste, Graciela
—Ballesteros, Eugenio	—Lazo, Carmen
—Basso, Osvaldo	—Lorca, Alfredo
—Cabello, Jorge	—Maluenda, María
—Cadermátori, José	—Martínez, Juan
—Camus, José T.	—Millas, Orlando
—Cancino, Fernando	—Montes, Jorge
—Cantero, Manuel	—Morales, Carlos
—Cardemil, Gustavo	—Muga, Pedro
—Castilla, Guido	—Naudon, Alberto
—Clavel, Eduardo	—Olvires, Héctor
—Correa, Silvia	—Osorio, Eduardo
—De la Jara, Renato E.	—Pareto, Luis
—Demarchi, Carlos	—Parra, Bosco
—Fernández, Sergio	—Penna, Marino
—Fuentes, Samuel	—Poblete, Orlando
—Fuentes, César R.	—Ramírez, Gustavo
—Gajardo, Santiago	—Retamal, Blanca
—Garay, Félix	—Rodríguez, Manuel
—Godoy, César	—Rosales, Carlos
—Hurtado, Rubén	—Saavedra, Wilna
—Hurtado, Patricio	—Santibáñez, Jorge

—Sepúlveda, Eduardo	—Valdés, Arturo
—Silva, Ramón	—Valente, Luis
—Sotomayor, Fernando	—Valenzuela, Renato
—Stark, Pedro	—Valenzuela, Ricardo
—Suárez, Constantino	—Valenzuela, Héctor
—Tejeda, Luis	—Videla, Pedro
—Téllez, Héctor	—Zepeda, Hugo
—Urta, Pedro	

Concurrieron, además, los Ministros del Interior, señor Bernardo Leighton; de Relaciones Exteriores, señor Gabriel Valdés; de Economía, Fomento y Reconstrucción, señor Domingo Santa María; de Justicia, señor Pedro J. Rodríguez; de Defensa Nacional don Juan de Dios Carmona; de Agricultura, señor Hugo Trivelli, y de Minería, señor Alejandro Hales.

Integran la Mesa el Presidente de la Cámara de Diputados, señor Eugenio Ballesteros, y el Secretario de la misma Corporación, señor Eduardo Cañas.

Asisten también representantes del Cuerpo Diplomático, del Poder Judicial y de las Fuerzas Armadas.

Actúa de Secretario el del Senado, señor Pelagio Figueroa Toro.

#### S. E. EL PRESIDENTE DE ZAMBIA LLEGA AL CONGRESO

A las 11.50, llega al Salón del Congreso Nacional el Presidente de Zambia, Excmo. señor Kenneth Kaunda, acompañado le sus Ministros: de Finanzas, señor Arthur Wina; de Agricultura, señor Elijah Muddenda, y de Minas y Cooperativas, señor Alexander Zulu.

#### II. APERTURA DE LA SESION.

—Se abrió la sesión a las 11.55, en presencia de 27 señores Senadores y 67 Diputados.

El señor REYES (Presidente).— En el nombre de Dios, se abre la sesión.

### III.—RECEPCION AL EXCMO. SEÑOR KENNETH KAUNDA, PRESIDENTE DE ZAMBIA.

El señor REYES (Presidente del Senado).— Excelentísimo señor Presidente de la República de Zambia, don Kenneth Kaunda; Excelentísimo señor Presidente de la Cámara de Diputados; Excelentísimo señor Presidente de la Corte Suprema; Eminentísimo señor Cardenal; señores Ministros de Estado de Zambia; Excelentísimos señores Embajadores; señores Ministros de Estado; señores miembros de la Delegación de Zambia; Honorables señores Senadores y Diputados; autoridades civiles, militares y eclesiásticas; señoras y señores:

Se ha cumplido con vuestra visita, Excelentísimo señor Presidente de Zambia, con uno de los anhelos más profundos que Chile y América Latina tienen respecto de la necesidad de contacto entre las naciones de menor desarrollo, para que colectivamente actúen en el mundo en defensa de la dignidad humana, de la paz y de sus legítimos intereses.

Nuestras vidas, colocadas en paralelo, tal vez dejen en ventaja a los pueblos de este continente con relación a los africanos, porque entre nosotros se gestó primero el proceso de independencia política, mientras el vuestro, comenzado ayer, todavía no alcanza su plenitud. El cuadro es tan semejante, que aquellas figuras que lucharon por la liberación de nuestros pueblos se identifican con Vuestra Excelencia misma y con tantos otros que cumplen el esfuerzo por dar a sus naciones su propia estructura, su singular fisonomía. Hay, sin embargo, una diferencia profunda que hace mayor el desafío que ahora se presenta a los pueblos del Africa, y es que si bien hace siglo y medio, por muy grande que fuera la diferencia del grado de civilización y desarrollo tecnológico entre metrópoli y colonia, siendo grande, no era abismal, mientras que ahora se vive una etapa de la humanidad, en que entre los sectores de más bajo desarrollo y los más

elevados media tal distancia que hace parecer inalcanzable la ansiada igualdad de los pueblos. Pero hay un factor determinante: es el hombre mismo, en toda la integridad de su ser espiritual y material, que es capaz de superar todas las desigualdades y alcanzar con rapidez inimaginable los grados del saber y la cultura, adaptarse a todos los requerimientos de la técnica y desarrollar su personalidad, que, precisamente, por haber estado más alejada del hervor de la vida contemporánea, conserva toda la pureza y potencialidad de sus virtudes esenciales.

Confiamos plenamente en la autodeterminación de los pueblos y creemos que no se debe interferir el proceso de su desarrollo interno. Sentimos, asimismo, como un imperativo de esta hora del mundo, la integración de todos aquellos que dan como buenos determinados valores, los une la vecindad y se caracterizan por parecidas condiciones de vida, por ser ésta la manera más adecuada de conseguir el progreso y preservar su patrimonio.

América Latina comprende ahora, un poco tarde, que el proceso de su independencia la llevó demasiado lejos en la concepción nacionalista y dispersó, más allá de lo prudente, una comunidad que se identificaba mucho en sus caracteres esenciales.

Si miramos al Africa con las pupilas de Bolívar, a quien por antonomasia se lo llama el Libertador, quizás si pudiéramos advertir el mismo rasgo de dispersión que ahora los de América Latina tenemos conciencia de que es indispensable superar, aun a costa de ímprobos esfuerzos. En la búsqueda de su independencia y de su afirmación nacional, cada pueblo luchó por definir su propia frontera, prescindiendo de aquella más amplia que históricamente debiera permitirle su verdadera presencia en el mundo del futuro.

Comprobamos paralelismo entre Zambia y Chile, más que en la riqueza del cobre que esconden en sus entrañas para abastecer el mundo, en la voluntad de uti-

lizar los recursos provenientes de ella en dar educación a las nuevas generaciones, en construir viviendas y en diversificar la economía para asegurar el trabajo y el progreso junto a la libertad y la dignidad de sus hijos.

Quisiéramos que los lazos de amistad, que con esta visita ciertamente se acrecientan, entre Zambia y Chile, entre África y América Latina, llegaran a tener expresión común en una política que conduzca a la defensa del valor de las materias primas y de los términos del intercambio, así como al acrecentamiento de la influencia nacional en las decisiones que regulen los regímenes de producción y de comercio de sus recursos vitales. Quisiéramos que cada vez más hubiera una actitud común frente a los principales problemas internacionales, porque a nuestros pueblos les interesa la paz, aman la paz, y creen en la posibilidad de la solución de los conflictos, mediante la intervención de los organismos internacionales. Cuando los pueblos tienden a dividirse en bandos irreconciliables, de nosotros puede surgir el gran frente y el gran llamado de todos los que buscan auténticamente la fraternidad.

La vuestra es una nación mediterránea, que necesita de la buena vecindad para alcanzar a todos los rincones del mundo. En Chile podéis encontrar un ejemplo de nación que se abre sin reserva para que otros pueblos, en iguales o parecidas condiciones al vuestro, usen su tierra como propia y puedan integrarse con ella y, a través de ella, con el resto de las naciones.

Estamos seguros de que el breve contacto que habéis tenido con nuestros hombres y mujeres de toda condición, desde los más altos representantes del Gobierno hasta los más modestos trabajadores, os habrá dado la idea del afecto y la solidaridad que se tiene hacia Zambia y del respeto profundo que os habéis ganado entre nosotros. Ahora os lo está demostrando el Parlamento de Chile, sus Senadores y sus Diputados, inspirados en las

más diversas ideologías políticas, que han aprendido a respetarse entre sí en virtud de las viejas tradiciones democráticas que afortunadamente han imperado en nuestra patria. Sabemos bien que el mismo espíritu os anima, Excelentísimo señor, para que Zambia, joven nación que hace poco declaró su independencia, el 24 de octubre de 1964, siga la senda del respeto a los derechos humanos y se constituya en ejemplo de una democracia dinámica y progresista.

Sois el corazón de vuestro pueblo. Zambia lo es del continente africano. Por eso, no puede haber un más auténtico mensaje que aquel de que Vuestra Excelencia es portador, ni puede haber mejor mensajero que vos, si lo permitís, del afecto de Chile por vuestra nación y por todas aquellas que están más allá de nuestras montañas y del mar Atlántico y constituyen la verdadera expresión de los pueblos africanos.

Recibid, Excelencia, esta medalla que el Parlamento de Chile os otorga en señal de respetuosa amistad.

El señor KAUNDA (Presidente de Zambia).— Mr. Speaker, Your Excellency, Honorable Ministers of the Government of Chile, my friends and citizens of this great country:

Let me first of all express, on behalf of my wife, my colleagues and members of my delegation, and above all on behalf of sincere and deep appreciation and gratitude, firstly for the kind invitation extended to me by your great President, His Excellency Eduardo Frei; and secondly for this warm welcome which the Government and the people of Chile have given us. This demonstration of affection and warmth of feeling which is our greatest pleasure to experience symbolizes the strength and cordiality of the relations existing between our two peoples. It is now my pleasure to bring to the people of this great nation the warmest greetings and best wishes from the people of Zambia.

Mr. Speaker, we in Zambia have watched with joy the growing bonds of unity between our two nations. Ever since you first sent us an envoy, the Vice President of your Copper Corporation, followed by the visit of my two ministers to Santiago, new tentacles have sprung up on either side. With these has grown a sense of affection for the people of Chile in Zambia. Our visit, therefore, has increased the number of these bonds of friendship and indeed has strengthened and cemented those already established since independence.

To some, copper may be the only factor motivating the strength of feeling and the closeness in relations between Chile and Zambia; they may argue that Chile and Zambia are moving towards a firm control of the copper market or prices. There are, Mr. Speaker, more factors than copper which form the basic strands in our relations. I submit, Mr. Speaker, that the fact that Chile and Zambia together supply almost all the world's copper requirements may have sparked off initial trends towards the current state of cordial relations. But surely this is not all. If the promotion of the copper industry were the most important factor, then Zambia would have made friends with that Smith in Rhodesia from where we get our coal supplies and power for the copper mines. No, Mr. Speaker, there is more than copper behind the strength of the current trends towards a common approach to social, economic and political problems. It is, above all, the similarities between our two countries: our principles, ideals and objectives, and our goals within our two nations. In this connection, I must express our deep and sincere admiration for the tremendous effort made by the Chilean Government to improve the lot of its people and setting them on the road to a more equitable distribution of national income and wealth in society. Mr. President, we in Zambia, although only two years old are aiming and

working hard to achieve this. We realize all too well that our strength as a nation lies firstly and firmly on the state of the welfare of the individual from whom we enjoy support as a government.

Mr. Speaker, the improvement of the lot of the common men is our greatest hope for stability, peace and progress in Zambia and our ultimate effectiveness in world affairs; above all it is our primary responsibility as a government. Our economic planning is geared to meet these ends in the shortest possible time. Under Divine guidance we shall fulfil our obligations.

I believe that Chile and Zambia are among those countries who are engaged in an earnest struggle to establish a decent world order, a world in which all human beings will be free to pursue life's happiness, in peace, and tranquility within the framework of the law, without impediments based on distinctions of race, colour or creed. To this end, we are happy to be among a group of countries who have dedicated themselves to struggle for the cause of truth and honesty in the relations among nations. We are determined in Zambia, like Chile, to fight for this cause not on the basis of alliance with any particular nation or group of nations but on our own initiative and independently of any alignment on the international scene, lest our vested interests in a particular group should befog the real and deeper issues at stake. Failure or refusal to identify accurately the stakes in grave international conflicts is the tragedy of the modern peace-keeping machinery.

However, while appreciating the considerable problems that face our struggle for development and in meeting our obligations generally, there is a tendency to take the other extreme, to blame every misfortune action of some Western or Eastern Power. While we cannot exclude the motives of hostile forces from taking advantage of certain weaknesses among the developing countries, we must also try

to organize our defences effectively. I would not go into this subject at this stage. I will return to it later.

Mr. Speaker and citizens of this great nation, let us not lose hope in the future of mankind. Let us instead build up this hope wherein generations yet unborn may live to enjoy in remembrance of our struggle to pave the way for them. I believe, Mr. Speaker, we the young and developing nations have now, more than ever before, a very important role and a heavy responsibility to play this role in helping to build and guide the course of human development. Major powers may have the potential and capacity to influence world events when and as they like and in their own interests; but it is inconceivable that the destiny of millions of people should be left in the hands of a few by virtue of their nuclear capability or possession of other weapons of destruction, or indeed through a historical protection of their former-selves in power politics. No, Mr. Speaker, this is not the manner in which we can successfully establish a satisfactory and harmonious state of world order so desirable for peaceful development. We the so-called developing countries need a period of peace and quiet, not only within our nations, but among nations in order that we can concentrate our efforts to the task of nation-building.

Alone neither Zambia nor Chile can achieve a satisfactory atmosphere in the international community. It is partly, if not mainly, for these reasons that we value our membership of regional organizations like the Organization for African Unity and its various commissions, the United Nations and its specialized agencies which have done a lot on the ground to build effectively bonds of social and economic cooperation among nations. We value indeed our association with other supra national organizations all as instruments the operation of which is directed towards the achievement of our objectives not to serve the interests of a particular

nation or set of nations. Our bilateral relations and the spirit of fellowship, such as exists between Chile and Zambia helps to facilitate the operation of international machinery for peace and development.

You will, therefore, readily understand my belief that we have a role and a basic interest in peace and its preservation. There are those, of course, in the world who preach the doctrine that nations which possess no capability to discharge the responsibilities of peace-keeping must more or less keep their mouth shut. How can we?? How can we throw the destiny of our people in cold war politics, for example, the ebb and flow of which, incidentally, touch the political nerves of countries large and small. Our interest in fact grows everyday as nuclear capability of major powers increases and the striking power of other nations grows through proliferation.

In this connection, the failure of the recent negotiations on disarmament is not only a source of concern, but great disappointment to us. In view of the continued deadlock reached in these negotiations, in view of the wide gap that still remains between the extreme positions taken by the major powers, it may well be that the future of the world, the welfare of mankind on this earth, the happiness and prosperity of our peoples, may in the final analysis lie not on the deterrent effects of the stocks of nuclear weapons and other instruments of destruction, but on those nations who are earnestly engaged in search for honest truth and objectivity untainted by prejudice and preconceived ideas either about the nature of man or factors involved in basic problems facing man in various corners of the world today. Indeed, Mr. Speaker, the future may lie with those who have no face to lose in the current sources of conflicts; it may lie with us who honestly believe in an urgent recourse to moral values in setting the yardsticks for what is right or wrong. Under the present state of international affairs, I sin-

cerely believe that it is not machiavellian diplomacy that will save mankind from self destruction but truth, fair play, tolerance, and racial accomodation.

Mr. Speaker, is it possible for man to stop for a moment to ponder over past and current events in order to re-set the future problems, in their proper perspective within the framework of principles, ideals, objectives and goals? If a moment of reflection and meditation is possible, now is the time to re-asses our interests and roles in relation to the principles and objectives in which we believe. Now is the time to redefine the direction of the national and international policy in order to enable the clock of freedom to tick and move smoothly forward un impeded by the rusty influence and ideas inherited from colonial past or by the imperialist and neocolonialist forces of the present.

In this way, Governments will be able to discharge their function, their responsibilities to organize socially, economically, and politically for and on behalf of the people who put them into power.

But there are immense problems on the road to the achievement of these objectives. In the first instance, there are forces who support the Statu que, wherein their interests happen to be more favourably posed. Naturally resistance is expectated to any change in the Statu quo if such a change implies a less favourable position in the interests of those concerned.

Secondly, of equal effectiveness is the parochialism which colours certain of the approaches of nations to problems which threaten peace and security. There is a tendency today to express full agreement in respect of objectives, ideals and principles, or the gravity of a problem such as Rhodesia at the moment, but despite the full knowledge of the grave consequences of employing one method vis-a-vis others, there has been and there still is a deliberate resistance through delay in taking measures necessary for ending the rebellion, refusal to agree on method as to how

Ian Smith should be brought down from power which he grabbed in the rebel held colony. Such manouvres as one being used by the British Government may be of interest to the students of international politics and theory; but to humanists. Rhodesia is the greatest manifestation of moral decadence in British colonial history. It is pathetic, it is *tragic to mankind*.

Y think, Mr. Speaker, this is the right time for me to turn to the problem of Southern Africa, which I sincerely believe will be the focus of attention in Africa for the next half century. I do not intend to bore the House with a repetition of what I have detailed in my recent address to the General Assembly of the United Nations, nor indeed what you already know. However, I feel I must point out that the objectives of apartheid are directed toward protecting the white economic interests in South and South West Africa. The small minority of racialists who believe, because it suits their interests best, not, because it is a fact, that a blackman is inferior to the whiteman, want to remain in power in perpetuity if possible determined to take the largest share of the rich land, the largest share of the economic cake the largest room space anywhere and everywhere in that unhappy land. These three million people are the masters of the social-economic and political transformation of that country and in whose hands the fate and destiny of more than twelve million people must lie by force against their desire and will; and indeed against any known laws of morality, elementary principles of human justice and rights of the individual. Certain laws which operate specifically against non-white people have so interfered with private life that there is now what amounts to the nationalization of private morality in service of a minority group.

Daily arrests take place, dawn swoops on largely innocent workers, who have no other place to go to. The land allotted to twelve million people in the whole coun-

try cannot and could not possibly support a dense population because of its size and the complete lack of soil fertility in the area.

Mr. Speaker, South Africans of all races, of all shades of colour, and political opinion are in that area to stay, to live and multiply for all time. Can you realistically and honestly imagine even for a moment that the twelve million will continue to labour under the heavy and oppressive yoke of racialism imposed by three million selfish individual? For how long even under the most elaborate security arrangements? Mr. Speaker! Submit that as the screw of apartheid is tightened, as the non-white people share of the land, the wealth and facilities vis-a-vis the lion's share of the white fellow citizens, patience must reach a breathing point. I dread day and night the consequences that must follow, the blood that must flow and indeed the repercussions the world over.

If we fail to turn the clock of apartheid back, then we shall have committed future generations to a life of fear, hatred, misery and we shall bequeath to them a legacy of an internecine struggle. Short of extermination of the twelve million, majority rule must one day come to South Africa. Chile and other peace loving nations should do everything possible to avert the imminent crisis in this part of the world.

In the immediate future the question of South West Africa must be given priority. Zambia greatly appreciates the efforts made by the U.N. towards reaching an enduring solution to the problem. Let us give every possible backing to the 14 Nation United Nations Committee established recently so that the resolution depriving South Africa of her mandate over that territory may be implemented without delay. Human beings whatever their colour or racial origin have a God-given right to live and live well. This applies everywhere including South West Africa.

Mr. Speaker, this factor we realized in Zambia a long time ago. Consequently, even in 1958 at the height of the defunct Federation of Rhodesia & Nyasaland when imprisonment for a lot of us had become part of life in the struggle for the right, my party—the United National Independence Party—had adopted a policy of non-racialism as the basic attitude towards the relations among races in Zambia despite the preponderance of Africans. We value our non-racial policy, it has produced a happy and healthy society for which we are proud. In terms of what is happening the world over, the contacts between races as equals, prepared to exploit what little nature has offered in a particular locality, we are, I believe, doing the right thing. Having tested non-racialism during the last two years of independence, we recommend our policy to any state. To Southern Africa, it would bring greater confidence in the future, stable peace and harmonious relations among races and would create a more dynamic economy for the area.

However, the Rhodesian crisis puts all what we stand for on trial. The question is whether in this world of today when barriers between nations have fallen away with the budding of distances through modern communications, thereby facilitating easy contact between men of colour, whether people of different races can live together, not as master and servant, but as equals, each contributing to the growth and development of the country. Are we equal human beings before law?; is it true that human rights deserve to be respected everywhere?

The Rhodesian rebellion, and the treatment of the whole question by the British Labour Government does not give us encouragement. We believed even before the unilateral and undemocratic declaration of independence that only very stringent measures would avert the criminal act. To this end, I made an offer to the British Government to use Zambia as a base for



their troops should it become imperative to do so to prevent a rebellion. After the illegal seizure of independence I repeated my offer and since then on a countless number of times, have made indication personally to Mr. Wilson that the offer stands.

There has, however, been no favourable reaction to date. Instead the British Government has embarked on a course of deceit and prohibitive actions. They have enabled the rebel regime to be in a commanding position. So it is that we see to-day a British Commonwealth Minister dashing to Salisbury and back to London to persuade Smith to agree to a compromise solution. I do not intend to bore you with details, but I do want to illustrate the comical nature of Mr. Wilson's actions.

The question is, does Britain want to restore constitutional rule? Does Mr. Wilson believe in independence before majority rule? If so, since voluntary sanctions will not succeed, since selective mandatory sanctions will not be affective without the co-operation of South Africa and Portugal; since a settlement in form of a compromise would at this moment amount to granting independence to a minority racist clique a down-right sell-out there seems to be no other practical alternative within the framework of the commitment to bring down the rebel regime and restore constitutional rule in Rhodesia. We have made sacrifices of considerable magnitude in Zambia during the past twelve months. Petrol rationing, one third cut in our copper production, the slowing down in the pace of development plans, plus, of course, the amount of thirty million pounds which we have had to spend on U.D.I. contingencies, unforeseen, unbudgeted for, not to mention other costs valued in monetary terms all there we have been prepared to bear in the fight against injustice, which we ourselves experienced for years, one to Britain's unrealistic policy. We have so to speak

provided "mercenary services" to a Government in Britain which has neither the will nor desire to win the war against the rebels. I believe Mr. Wilson is ready to legitimize the Smith regime's independence as soon as circumstances permit.

Let me take this opportunity to state categorically that my Government cannot and will not support selective mandatory sanctions that will exclude vital items like oil which comes in vast quantities from South Africa. It is my deep impression that the British Government's intention to exclude oil from South Africa will prolong the struggle during which the Zambia economy will suffer even more and worse strains.

It is my impression that the British Government want to make us the victim of their Rhodesia policy. I cannot, Mr. Speaker, commit my country to a cause of action, on behalf of another Government, which jeopardises completely our national interests without iota of gain even for humanity. My reaction reflects the growing bitterness in Zambia against the Labour Government in Britain. We have fought, with the greatest possible endurance, their battles for the last twelve months without much support from them. That is why I have referred earlier on to our role as that of proving what I have deliberately called "mercenary services" at our own risk to Mr. Wilson's policies. But Mr. Speaker, having gone thus far, we can see no end in sight not victory.

The world will have to pardon us if we now say we cannot but, therefore, part company with the British Government in this matter at this stage. Zambia must begin to discharge properly her obligations to her people by whose authority we have tried to help the British Prime Minister.

Mr. Speaker, these are some of the problems which face the world today. These are among some of the most central and critical issues in which the morality of our actions and policies is on trial. This

is the field in which the role of the young and developing nations is of vital importance to the future of the world. We the developing nations should muster all our efforts and maintain our struggle to bring about moral sanity in the international community. Nobody will do this for us but ourselves.

While on this subject, I must now refer to my earlier remarks about the tendency on the other hand of the developing countries to blame external powers, western or Eastern, for every single misfortune encountered in our regions, sometimes even before scrutinizing the factors operating within and among us. The role played by external powers in influencing the course of events in our countries tends to be exaggerated. We are partly responsible for providing opportunities for hostile forces to divide and rule effectively if they can. Let us not blame all our social, economic or political ills on western or Eastern powers or indeed on some other external force.

This is not underestimate the intentions of our enemies whose objectives we are aware of. But I think undue credit is usually awarded to their activities when in fact they could not possibly succeed unless the foundations of our nations showed cracks. This type of attitude leads most of us to look more to the developing countries for the solution of our problems, for loans, for technical assistance and so forth when needs through cooperation with our regions. Mr. Speaker, Africa, Asia and South America must learn to rediscover themselves and their potential to solve their own problems, they must face the prospect of prosperity or failure without looking always outside for excuses.

The movement for Africa Unity for example is certainly going through the most testing times of its life. The problems faced by the Organization for African Unity are not necessarily externally motivated. I believe the greatest problem arises

from the basic attitude of member nations, their policies towards unity, towards each other and the world. For some members due to circumstances of the colonial past, Paris is more important than Addis Abeba, for some others it is London. We may blame the current positions of African States themselves, although external forces find a grand opportunity to weaken the Organization through various external controls, it could for example, be through certain member states.

This problem requires urgent attention or else we shall be in a mess in our struggle for the right. Let us redefine our principles, ideals and goal in similar terms and from the same angle. A lot of work would have to be done now, not later, in order that we the developing countries can together act as a strong moral force to serve and save the cause of humanity.

The relationship between Chile and Zambia, our identity of interests in securing for the common man the basic needs of life, plus something extra to enjoy in liberty and freedom; our belief in peace and our struggle for peace and justice, all give us a base from which to build, with other friendly nations, a fountain of goodwill among men, an edifice wherein the common man can enjoy life in peace, and prosperity without destruction as to race, colour or creed. As we struggled for our hard won freedom and independence with perseverance, so let us maintain our struggle for the achievement of this goal in service of mankind and his happy future.

Thank you Mr. Speaker.

La traducción del texto del discurso del señor Presidente de Zambia es la siguiente:

El señor KAUNDA (Presidente de Zambia).— Señor Presidente, Excelencia, Honorables Ministros del Gobierno de Chile, amigos míos y ciudadanos de este gran país:

Permitanme, primero, expresar, en

nombre de mi esposa, mis colegas y miembros de mi delegación, y, sobre todo, en el del pueblo de la República de Zambia, mi sincero y profundo aprecio y gratitud, antes que todo, por la cálida invitación que me formuló vuestro gran Presidente, el Excelentísimo señor Eduardo Frei; en segundo término, por esta afectuosa bienvenida que el Gobierno y el pueblo de Chile nos ha brindado.

Esta demostración de afecto y de cordiales sentimientos es para nosotros una gratísima experiencia que simboliza la fuerza y la sinceridad de las relaciones existentes entre nuestros dos pueblos. Es para mí un placer traer para el pueblo de esta gran nación los saludos más cordiales y los mejores deseos del pueblo de Zambia.

Señor Presidente, nosotros, en Zambia, hemos mirado con alegría el afianzamiento de los lazos de unidad entre nuestras dos naciones. Desde que ustedes nos enviaron un representante, el Vicepresidente de la Corporación del Cobre, seguido de la visita de dos de los Ministros de mi Gobierno a Santiago, nuevos lazos han aparecido en ambos lados. Como consecuencia, en Zambia ha aumentado el afecto por el pueblo de Chile. Nuestra visita no significa sino aumentar esos lazos de amistad y, en verdad, ha robustecido y extendido aquéllos que ya se habían establecido desde nuestra independencia.

Para algunos, el cobre podría ser el único factor capaz de promover y afianzar los sentimientos de unión en las relaciones entre Chile y Zambia; pueden ellos argumentar que Chile y Zambia caminan hacia un firme control del mercado o los precios del cobre. Hay, señor Presidente, otros factores, aparte del cobre, que forman el sustrato básico en nuestras relaciones. Admito, señor Presidente, que el hecho de que Chile y Zambia juntos provean casi todos los requerimientos mundiales de cobre, pudo haber encendido la chispa inicial de un entendimiento que

ha conducido al estado actual de cordiales relaciones. Pero esto, seguramente, no es todo. Si la promoción de la industria del cobre fuera el factor más importante, entonces Zambia habría hecho amistad con Ian Smith, en Rhodesia, de la cual obtenemos el carbón y la energía para nuestros yacimientos cupreros. Pero hay más que el cobre tras el afianzamiento de los lazos que nos conducen hacia una consideración similar de los problemas sociales, económicos y políticos. Hay, sobre todo, la semejanza entre dos países: nuestros principios, ideales y objetivos, y nuestras metas comunes. En este sentido, debo expresar nuestra más profunda y sincera admiración por el esfuerzo que el Gobierno de Chile realiza para mejorar el nivel de vida de su pueblo y colocarlo en el camino de una más justa distribución del ingreso nacional y de la riqueza. Nosotros, también, en Zambia, a pesar de que sólo tenemos dos años de vida independiente, estamos apuntando hacia esos objetivos y trabajando duro para alcanzarlos. Nos damos perfecta cuenta de que nuestra fuerza como nación, descansa, primero y firmemente, en el bienestar de nuestros conciudadanos, cuyo apoyo nos complace recibir como gobierno.

Señor Presidente, el mejoramiento del nivel de vida del hombre común es nuestra más grande esperanza de estabilidad, paz y progreso en Zambia, como lo es también de primordial importancia en el concierto mundial. Por sobre todo, es ésa nuestra primera responsabilidad como Gobierno. Nuestro plan económico está encaminado a conseguir ese mejoramiento en el menor tiempo posible. Guiados por la Divina Providencia, cumpliremos nuestras obligaciones.

Chile y Zambia, en mi opinión, están entre aquellos países comprometidos en una seria lucha para establecer un mundo de orden y decencia; un mundo en el cual todos los seres humanos tengan libertad para competir por una vida feliz,

en paz y tranquilidad, dentro del marco de la ley, sin impedimentos basados en distingos de raza, color o credos. En tal sentido, estamos complacidos de pertenecer a un grupo de países que se han dedicado a luchar por la causa de la verdad y la honestidad en las relaciones entre los pueblos.

Estamos resueltos en Zàmbia, como en Chile, a luchar por esa causa, no sobre la base de una alianza con una nación o un grupo de naciones en particular, sino por propia iniciativa e independientemente de ningún alineamiento en el escenario internacional, a fin de que los intereses creados de ningún grupo en particular puedan empañar los reales y más profundos principios que se encuentran en juego. El fracaso o la negativa en identificar con exactitud los diversos intereses en los graves conflictos internacionales, es la tragedia de la moderna maquinaria destinada a preservar la paz.

Sin embargo, al examinar los arduos problemas que enfrenta nuestra lucha por el desarrollo y al encarar las obligaciones que ella nos impone, existe, generalmente, la tendencia a colocarse en la otra posición extrema: culpar de cualquiera acción desafortunada a alguna de las potencias orientales u occidentales. Mientras no podamos excluir los motivos para que algunas fuerzas hostiles tomen ventajas de ciertas debilidades de los países en desarrollo, debemos tratar de organizar efectivamente nuestra defensa. No continuaré ahora desarrollando esta materia; pero volveré más adelante sobre ella.

Señor Presidente y ciudadanos de esta gran nación, no perdamos la esperanza en el futuro de la humanidad. Persistamos en nuestro afán de construir esa esperanza, para que las naciones que aún no han nacido puedan vivir en felicidad y recordar la lucha que nosotros libramos para pavimentar el camino para ellos. Creo que nosotros, los países en desarrollo, jóvenes, tenemos ahora, más que nun-

ca, una importante participación y una pesada responsabilidad en la tarea de cumplir nuestro papel para ayudar a construir y guiar el curso del desarrollo de la humanidad.

Las grandes potencias pueden tener mayor fuerza y capacidad para influir en los sucesos mundiales cuando y como quieran, y en función de sus propios intereses; pero es inconcebible que el destino de millones de personas sea puesto en manos de unos pocos, en virtud de su poderío nuclear o porque poseen otras armas destructivas, o bien en razón de una protección histórica de sus propias posiciones en el ámbito del poder político.

No, señor Presidente: no es esta la manera como podemos establecer con éxito un orden satisfactorio y armónico en el mundo, tan deseable para el desarrollo pacífico. Nosotros, los llamados países en desarrollo, necesitamos un período de paz y tranquilidad, no sólo dentro de nuestras naciones, sino entre las naciones, a fin de que podamos concentrar nuestros esfuerzos en la tarea de la construcción nacional.

Solos, ni Zambia ni Chile pueden lograr una atmósfera satisfactoria en la comunidad internacional. Es en parte por eso —si no lo es en lo fundamental— por lo que nosotros damos real valor a nuestra participación en organizaciones regionales como la Organización para la Unidad Africana y sus varias comisiones; las Naciones Unidas y sus agencias especializadas, que han hecho mucho en cuanto a crear lazos efectivos de cooperación social y económica entre las naciones. Valorizamos también nuestra asociación con otras organizaciones supranacionales y sus dependencias, cuya acción se encamina hacia el logro de nuestros objetivos, y no a servir el interés de una nación o de un conjunto de naciones en particular. Las relaciones bilaterales y el espíritu de amistad como los que existen entre Chile y Zambia ayudan a facilitar la labor del

sistema internacional destinado a mantener la paz y obtener el desarrollo.

Por eso, fácilmente comprenderán ustedes mi convicción de que tenemos un papel que jugar y un básico interés en la paz y en su preservación. Existen en el mundo, por supuesto, quienes predicán la teoría de que las naciones que no poseen capacidad para cumplir sus responsabilidades en el mantenimiento de la paz, deben permanecer en silencio. ¿Cómo podríamos hacerlo? ¿Cómo podríamos dejar librado el destino del pueblo a la política, por ejemplo de la guerra fría, el flujo y reflujo de la cual, incidentalmente, toca el nervio político de los países grandes y pequeños? En el hecho, nuestro interés crece a medida que aumenta la capacidad nuclear de las grandes potencias y el poder destructor de otras naciones proliferando grandemente.

A este respecto, el fracaso de recientes negociaciones en pro del desarme no es sólo una fuente de preocupación, sino una gran decepción para nosotros. En vista del mantenido estancamiento a que han llegado estas negociaciones, en vista del amplio vacío que todavía subsiste entre las posiciones extremas sustentadas por las grandes potencias, bien podría ocurrir que el futuro del mundo, el bienestar de la humanidad y la felicidad y prosperidad de nuestros pueblos, pueden, en último término, no descansar en los efectos disuasivos de las existencias de armas atómicas y otros instrumentos de destrucción, sino en aquellas naciones que se han comprometido honestamente en la búsqueda de la verdad pura y de una objetividad no corrompida por el prejuicio y las ideas preconcebidas sobre la naturaleza del hombre o de los factores comprometidos en los problemas básicos que el hombre enfrenta hoy en las diversas latitudes del mundo.

En verdad, señor Presidente, el futuro puede descansar en los que no tienen otra cara que perder en las habituales fuentes

de conflictos; puede descansar en nosotros, los que honestamente creemos que un urgente retorno a los valores morales como criterio para establecer lo falso y lo verdadero. En el estado actual de las relaciones internacionales, creo sinceramente que no es una diplomacia maquiavélica la que salvará a la humanidad de su autodestrucción, sino la verdad, el "fair play", la tolerancia y la integración racial.

Señor Presidente, ¿es posible para el colonial, o las fuerzas imperialistas y hombre detenerse un momento a meditar sobre el pasado y los acontecimientos actuales con el fin de reconsiderar los problemas del futuro en su justa perspectiva y dentro de un marco de principios, ideales, objetivos y metas? Si es posible dedicar un instante a la reflexión y a la meditación, éste es el momento de precisar nuestros intereses y el papel que nos corresponde con arreglo a los principios y objetivos en los cuales creemos. Esta es la hora de definir de nuevo la dirección de la política nacional e internacional con el propósito de permitir que el reloj de la libertad camine y se mueva suavemente, sin que se lo impidan enmohecidas influencias o ideas heredadas de un pasado teórico de la política internacional; pero neocolonialistas del presente.

De esta manera, los gobiernos podrán cumplir su función y su responsabilidad de organizarse social, económica y políticamente y satisfacer así las esperanzas de los pueblos que los llevaron al poder.

Pero hay grandes problemas en el camino que conduce al logro de estos objetivos. En primer término, hay fuerzas que apoyan el "statu quo", porque de esa manera sus intereses resultan más favorablemente afianzados. Por cierto, es de esperar que los cambios en ese "statu quo" sean resistidos si ellos representan colocar en posición menos favorable a los intereses de quienes están implicados en él.

En segundo término, de igual efectivi-

dad es el parroquialismo que caracteriza a algunos de los enfoques de las naciones respecto de los problemas que amenazan la paz y la seguridad. Hay hoy día la tendencia a expresar completo acuerdo en cuanto a los objetivos, ideales y principios o la gravedad de problemas tales como el de Rhodesia en estos instantes; pero a pesar de que se está plenamente consciente de las serias consecuencias de emplear un método antes que otros, ha existido y existe aún una deliberada resistencia, que se expresa mediante la demora para tomar medidas necesarias que pongan término a la rebelión, como la de privar a Ian Smith del poder de que él se había investido en la rebelde y dominada colonia.

Tales maniobras, como las utilizadas alguna vez por el Gobierno británico, pueden ser de interés para los estudiantes y teóricos de la política internacional; pero para los humanistas, Rhodesia es la más grande demostración de decadencia moral en la historia colonial británica. Es patético. Es trágico para la humanidad.

Pienso, señor Presidente, que estamos en el momento apropiado para que yo vuelva sobre el problema de Sudáfrica, el cual, lo creo sinceramente, será el foco de la atención de Africa en los próximos cincuenta años. No pretendo aburrirlos con una repetición de lo que ya he expuesto en detalle en mi reciente discurso a la Asamblea General de las Naciones Unidas, ni tampoco con la mención de aquello que ya ustedes saben. Sin embargo, estimo necesario puntualizar que los objetivos del "apartheid" están directamente encaminados a proteger los intereses económicos de los blancos en Sudáfrica y en Africa Occidental. La pequeña minoría de racistas que cree, porque conviene mejor a sus intereses, y no porque sea efectivo, que un negro es inferior a un blanco, quiere permanecer en el poder perpetuamente, y si es posible, está resuelta a tomar la mayor porción de la mejor tie-

rra, el pedazo más grande del pastel económico, la pieza más grande en cualquier parte y en todas las partes de esa infeliz nación. Esos tres millones de personas son los amos de la transformación socio-económica y política de esa nación y en sus manos deben descansar la suerte y el destino de más de doce millones de personas, por la fuerza y aun contra su deseo y voluntad; y todavía más: en verdad, contrariando todas las leyes morales conocidas y los más elementales principios de justicia humana y de derechos de los individuos. Ciertas leyes que se aplican específicamente en contra de los negros han interferido de tal manera en la vida privada, que existe hoy un crecimiento del nacionalismo de la moralidad privada al servicio de un grupo minoritario.

A diario ocurren arrestos de trabajadores que no han incurrido en ningún delito, y que no tienen otro lugar donde ir. La tierra destinada a doce millones de personas en todo el país no puede ni podría mantener una población más densa, debido a su tamaño y a la carencia total de fertilidad del suelo en el área.

Señor Presidente, sudafricanos de todas las razas, de todos los tonos de color y de todas las opiniones políticas están en esa área, y viven y se multiplican permanentemente. ¿Es dable y honesto imaginar, siquiera por un momento, que esos doce millones continuarán su labor bajo el pesado y opresivo yugo del racismo impuesto por tres millones de individuos egoístas? ¿Por cuánto tiempo, aún bajo los más elaborados acuerdos de seguridad?

Señor Presidente, sostengo que mientras más apriete el "apartheid" el tornillo, mientras la participación de la gente no blanca en la tierra, la salud y otros beneficios, no se iguale a la parte del león de los ciudadanos blancos, más pronto llegará la paciencia al punto de extinguirse. Día y noche temo las consecuencias que seguirán a ello, la sangre que habrá de

derramarse y, por cierto, la repercusión que ello tendrá en el mundo entero.

Si fracasamos en hacer retroceder el reloj del "apartheid", condenaremos a las futuras generaciones a una vida de temor, odio y miseria y les transmitiremos el legado de una lucha mortífera. Antes que la exterminación de doce millones de seres, deben llegar hasta Sudáfrica las reglas de la mayoría. Chile y las otras naciones amantes de la paz harán todo lo posible por evitar la inminente crisis en esta parte del mundo.

En el futuro inmediato, debe darse prioridad al problema de Sudáfrica occidental. Zambia aprecia grandemente los esfuerzos de las Naciones Unidas para llegar a una solución permanente de ese problema. Demos todo el respaldo posible al Comité de las Catorce Naciones de la ONU establecido recientemente, a fin de que la resolución que priva a Sudáfrica de su mandato sobre ese territorio pueda ser cumplida sin demora. Los seres humanos, cualesquiera que sean su color o su origen racial, tienen el derecho divino a vivir, y a vivir bien. Ello es valadero en cualquiera parte del mundo, incluso en Sudáfrica occidental.

Nosotros lo hemos comprendido así en Zambia desde hace mucho tiempo. Por eso, ya en 1958, en el apogeo de la difunta Federación de Rhodesia y Nyasalandia, cuando el encarcelamiento había llegado, para muchos de nosotros, a formar parte de la vida en la lucha por el Derecho, mi partido —el Partido Unido Independencia Nacional— ha adoptado una política de no racismo como una actitud básica hacia las relaciones entre las razas en Zambia, a pesar de la preponderancia de africanos.

Nos damos perfecta cuenta de que nuestra política no racista ha traído como consecuencia una sociedad feliz y saludable, de la cual estamos orgullosos. En función de lo que hoy está sucediendo en el mundo, creemos estar en lo cierto al propiciar el contacto entre las razas como iguales,

preparadas para explotar lo poco que la naturaleza les ha ofrecido en una localidad particular. Porque hemos probado el no racismo durante los dos últimos años de nuestra independencia, recomendamos esa política a cualquier estado. Esa política daría a Sudáfrica una mayor confianza en el futuro, en una paz estable y en las armónicas relaciones entre las razas, a la vez que crearía una economía más dinámica para el área.

Como quiera que sea, la crisis de Rhodesia prueba todo lo que nosotros defendemos en este juicio. La cuestión es si en este mundo de hoy, en el cual se han derribado todas las barreras entre las naciones, debido al acortamiento de las distancias por los modernos medios de comunicación, lo que ha facilitado el contacto fácil entre los hombres de color; en este mundo donde personas de diferentes razas pueden vivir juntos, no como amo y sirviente, sino como iguales, cada uno puede contribuir al desarrollo y crecimiento de su nación. ¿Somos todos los hombres iguales ante la ley? ¿Es verdad que los derechos humanos merecen ser respetados en cualquier lugar de la tierra?

La rebelión de Rhodesia y la forma como el Gobierno Laborista Británico ha encarado la cuestión no debe darnos valor. Creíamos incluso antes de la declaración unilateral y antidemocrática de independencia, que sólo medidas muy restrictivas podrían evitar el acto criminal. Por ello hice al Gobierno británico la oferta de utilizar a Zambia como una base para sus tropas, si ello resultara imperativo para evitar una rebelión. Después de la toma ilegal de independencia, repetí mi oferta, y desde entonces, en innumerables ocasiones he hecho personalmente al señor Wilson la indicación de que la oferta se mantiene todavía en pie.

No ha habido, sin embargo, una reacción favorable hasta la fecha. En vez de de eso, el Gobierno británico se ha embarcado en una serie de acciones prohibi-

tivas. Ha permitido al régimen rebelde situarse en una posición de mando. De ese modo, vemos hoy día a un Ministro de la Comunidad Británica que se abalanza hacia Sálisbury y vuelve rápidamente a Londres para persuadir al señor Smith que convenga en una solución transaccional. No pretendo aburrirlos con detalles, pero deseo ilustrarlos respecto de la jocosamente naturalizada de las actitudes del señor Wilson.

La pregunta es: ¿Desea Gran Bretaña restaurar el Gobierno constitucional? ¿Cree el señor Wilson en la independencia, sin reglas mayoritarias? Si es así, ya que las sanciones voluntarias no alcanzarán éxito; ya que las sanciones selectivas obligatorias no serán efectivas sin la cooperación de Sudáfrica y Portugal; ya que un acuerdo en forma de compromiso en este momento consolidaría la independencia en favor de una camarilla minoritaria racista, parece no haber otra alternativa práctica, sin el acuerdo de derribar el régimen rebelde y restaurar la norma constitucional en Rhodesia.

Hemos hecho sacrificios de considerable magnitud en Zambia durante los pasados doce meses. El racionamiento de petróleo, la reducción en un tercio de nuestra producción de cobre, el aflojamiento en los planes de desarrollo, más, por supuesto, la cantidad de treinta millones de libras que hemos debido gastar, las contingencias U. D. I., imprevistas y no presupuestadas, son algunos de esos sacrificios, para no mencionar otros gastos avaluados en términos monetarios de todo lo que hemos debido soportar en nuestra lucha contra la injusticia, y que hemos experimentado por años. Debemos, también, hablar de los "servicios mercenarios" prestados a un Gobierno en Gran Bretaña que no tiene ni el deseo ni la voluntad de ganar la guerra contra los rebeldes. Pienso que el señor Wilson está pronto para legitimar el régimen de inde-

pendencia de Smith tan pronto como las circunstancias lo permitan.

Permítanme aprovechar esta oportunidad para dejar sentado categóricamente que mi Gobierno no puede ni quiere apoyar sanciones selectivas obligatorias que excluyan ítem vitales como el petróleo, que proviene en grandes cantidades de Sudáfrica. Es mi convencimiento profundo que la intención del Gobierno de Gran Bretaña de excluir el petróleo de Sudáfrica prolongará la lucha, y durante ella la economía de Zambia estará sometida a esfuerzos todavía peores.

Tengo la impresión de que el Gobierno británico quiere hacernos víctimas de su política en Rhodesia. No puedo, señor Presidente, comprometer a mi país en una acción en resguardo de otro gobierno que pone en evidente peligro nuestros intereses regionales sin un ápice de ventaja ni siquiera para la humanidad. Mi reacción refleja la creciente amargura que existe en Zambia contra el Gobierno Laborista de Gran Bretaña. Hemos luchado, con tanta resignación como nos ha sido posible, sus batallas en los últimos doce meses, sin recibir de ellos mucho apoyo. Por eso me he referido antes a nuestro papel, como una manera de probar lo que yo he llamado deliberadamente "servicios mercenarios" de nuestro propio riesgo a la política del señor Wilson. Pero llegados ya a este punto, no avizoramos el final ni la victoria.

Por eso, el mundo tendrá que perdonarnos si ahora decimos que no podemos continuar acompañando a Gran Bretaña en esta materia, en esta etapa. Zambia debe comenzar a cumplir propiamente su obligación para con su pueblo, con cuya autorización hemos tratado de ayudar al Primer Ministro británico.

Señor Presidente, estos son algunos de los problemas que enfrenta el mundo de hoy. Ellos figuran entre aquéllos fundamentales y más críticos, respecto de los



cuales la moralidad de nuestras acciones y políticas están en juicio. Este es el campo en el cual el papel de las jóvenes naciones en desarrollo es de vital importancia para el futuro del mundo. Nosotros, los países en desarrollo, debemos aunar nuestros esfuerzos y mantener nuestra lucha para producir un saneamiento moral en la comunidad internacional. Nadie lo hará por nosotros, sino nosotros mismos.

Continuando en esta materia, debo ahora referirme a mi anterior mención acerca de la tendencia de los países en desarrollo, en otro aspecto, a culpar a las potencias extranjeras, orientales u occidentales, de cada aislado desafortunado encuentro que ocurre en nuestras regiones, algunas veces sin siquiera discernir respecto de los factores que actúan dentro de nosotros y entre nosotros. Se tiende a exagerar el papel de las grandes potencias en lo que se refiere a influir en el curso de los acontecimientos en nuestros países. Somos parcialmente responsables de proveer oportunidades para que fuerzas hostiles dividan y gobiernen efectivamente, cuando les es posible. No culpemos de todos nuestros males sociales, económicos y políticos a las potencias del este o del oeste, o a cualquiera otra fuerza externa.

Esto no significa subestimar las intenciones de nuestros enemigos, de cuyos objetivos estamos conscientes. Pero creo que se atribuye a sus actividades un crédito desmesurado, pues, en verdad, ellos no tienen posibilidades de éxito a menos que los fundamentos de nuestras naciones se muestren agrietados. Este tipo de actitud mueve a muchos de nosotros a mirar más hacia los países en desarrollo para lograr la solución de nuestros problemas, para préstamos, para asistencia técnica, etcétera, cuando existen posibilidades de satisfacer nuestras necesidades por medio de la cooperación con otras regiones. Africa, Asia y América del Sur deben aprender a redescubrirse a sí mis-

mas y a redescubrir su propio potencial para resolver sus problemas; deben encarrar la perspectiva de la prosperidad o el fracaso, sin mirar siempre hacia afuera para encontrar excusas.

El Movimiento de Unidad Africana, por ejemplo, está ciertamente atravesando por los momentos más de prueba de su vida. Los problemas que debe enfrentar la Organización para la Unidad no son necesariamente motivados desde el exterior. Estimo que los problemas más grandes resultan de la actitud básica de las naciones miembros, de su política hacia la unidad, hacia cada uno de ellos y hacia el mundo. Para algunos de ellos, debido a circunstancias de su pasado colonial. París es más importante que Addis Abeba. Para otros, lo es Londres. Podemos culpar a los propios Estados africanos de su actual situación, pero también hay que reconocer que las fuerzas foráneas tienen la posibilidad de debilitar la Organización, mediante diversos controles externos, y, por ejemplo, podrían hacerlo a través de algunos Estados miembros.

Este problema requiere atención urgente, pues de otro modo nos encontraríamos en un conflicto en nuestra lucha por el Derecho. Redefinamos nuestros principios, ideales y metas en los mismos términos y desde un mismo ángulo. Queda todavía un gran trabajo por hacer, y ahora, no más tarde, para que los países en desarrollo podamos actuar conjuntamente como una firme fuerza moral para servir y salvar la causa de la humanidad.

Las relaciones entre Chile y Zambia, nuestra identificación en el propósito de asegurar al hombre común la satisfacción de las necesidades fundamentales de vida, más algo extra para disfrutarlo en libertad; nuestra fe en la paz y nuestra lucha por la paz y la justicia, nos dan una base a partir de la cual podremos construir, con otras naciones amigas, un manantial de buena voluntad entre los hombres, un edificio donde el hombre común pueda

gozar su vida en paz y prosperidad, sin discriminación de raza, color o credo. Mientras luchemos con perseverancia por nuestra libertad tan duramente ganada y por nuestra independencia, mantendremos también nuestra lucha por alcanzar esta meta al servicio de la humanidad y su feliz futuro.

Muchas gracias, señor Presidente.

—*Aplausos.*

—*Se levanta la sesión.*

*Dr. René Vusković Bravo,*  
Jefe de la Redacción del Senado.

(Nota: Traducción del Jefe de la Redacción, Dr. René Vuskovic, y de la señorita Carmen Méndez, de la Oficina de Informaciones del Senado).



